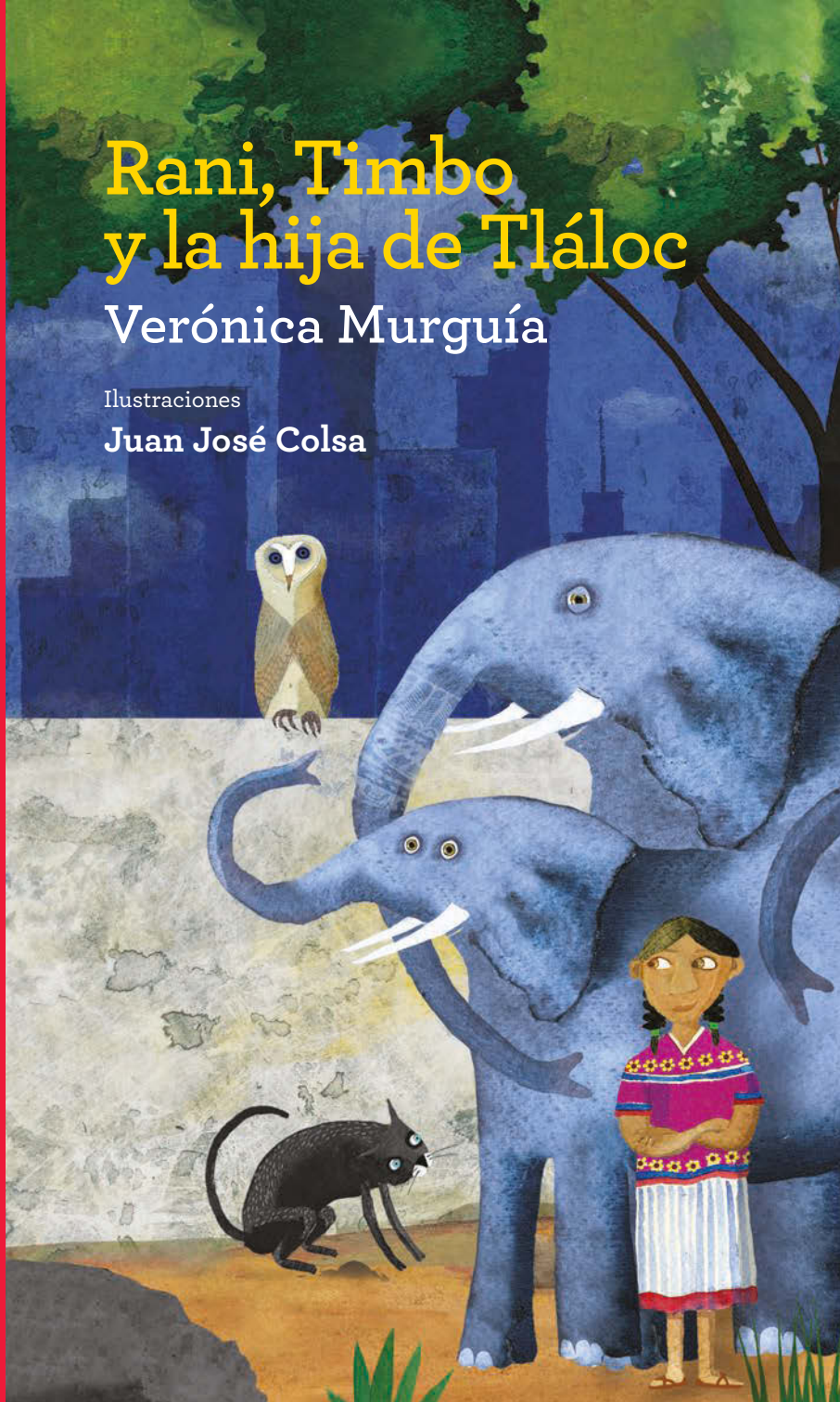


Rani, Timbo y la hija de Tláloc

Verónica Murguía

Ilustraciones

Juan José Colsa



Rani, Timbo
y la hija de Tláloc



863.7

M87

Año Murguía, Verónica

Rani, Timbo y la hija de Tláloc / Verónica Murguía ;

ilustraciones de Juan José Colsa. — México : Norma Ediciones, Año.

96 páginas : ilustraciones. — (Colección. Torre Roja)

ISBN: 978-607-13-1009-5

1. Cuento mexicano — Siglo XXI. 1. Literatura mexicana —

Siglo XXI. 3. Literatura infantil — Siglo XXI. I. Colsa, Juan José, ilustrador.

II. t. III. Ser.

D.R. © 2016, Verónica Murguía por los textos

D.R. © 2016, Juan José Colsa por las ilustraciones

D.R. © 2016, Norma Ediciones, S.A. de C.V.

D.R. © 2019, Educa Inventia, S.A. de C.V.

Av. Río Mixcoac 274, piso 4º, colonia Acacias,

Benito Juárez, México, Ciudad de México,

C. P. 03240.

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso escrito de la editorial.

* El sello editorial “Norma” está licenciado por Carvajal, S.A. de C.V., a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Segunda edición: abril de 2020

Coordinación editorial: Juana Lizbeth Alvarado Mota

Corrección de estilo: Laura Lecuona

2da edición: Lucía Rosas

Ilustraciones: Juan José Colsa

Diagramación: Judith Sánchez Durán

Esta novela pudo ser escrita gracias a una beca del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

Impreso en México – *Printed in Mexico*

SAP: 61091453

ISBN: 978-607-13-1009-5



Rani, Timbo y la hija de Tláloc

Verónica Murguía

Ilustraciones

Juan José Colsa

Norma

mx.edicionesnorma.com

Para Sonia
Para David y Timo

Índice



El bosque	9
El baobab	23
Minerva, la lechuza	33
La popularidad de Rani	43
Cha	53
Hace muchos años	63
Cha y Rani	71
El don de Timbo	79
Epílogo	93



El bosque

La Ciudad de México es muy antigua. Es difícil de creer porque está llena de coches, camiones, anuncios luminosos, edificios altos y relucientes. Pero sí, es una ciudad viejísima. Y, desde siempre, el corazón de la ciudad ha sido un bosque: Chapultepec.

Chapultepec significa “cerro del chapulín” y el bosque está rebosante de chapulines que dan brincos por todas partes y alegran la noche con su canto. Este cerro, además de estar habitado por chapulines, ha sido el hogar de muchos animales silvestres o en cautiverio: incluso antes de que los españoles llegaran a México había allí un

zoológico que pertenecía al emperador Moctezuma; también en este sitio hubo un jardín donde el emperador ordenó que se sembraran muchos árboles; algunos de ellos todavía están vivos. Ese lugar lleno de animales en cautiverio desapareció en la Conquista, pero en el siglo XX se construyó el zoológico de nuestra historia.

En Chapultepec hay de todo: hasta un castillo y un lago en cuyas aguas nadan los patos y andan en lancha los visitantes.

La heroína de nuestra historia, la elefanta Rani, vivía en el zoológico, aunque había nacido en un circo. La vida en el circo era cansada. También era movida, pues iban de un lado a otro, pero donde fuera que estuviesen, Rani debía practicar trucos bajo la mirada estricta de Sigifredo, su domador. Jamás salían a pasear, así que daba lo mismo estar en Acapulco o en Guadalajara. Ponerse casi de cabeza sobre una cubeta, por ejemplo, era difícil, y el gruñón de Sigifredo regañaba a la pobre Rani a grito pelado y cuando se impacientaba le jalaba

las orejas o le pellizcaba la trompa. Cuando había función doble, Rani terminaba muy cansada. Aunque los trucos cada vez le resultaban más fáciles de hacer, y hasta los disfrutaba, tenía muy poco tiempo para descansar.

Rani era todavía muy pequeña cuando murió su mamá, y en el circo el único familiar que tenía era Sigifredo.

El zoológico era mucho mejor. En primer lugar, porque en Chapultepec Rani vivía con otras elefantas, tía Devi y tía Parvati, en el espacio de honor: una especie de casa de cemento con un terraplén circular alrededor. En segundo lugar, porque no estaba obligada a hacer trucos para ganarse la comida. En el zoológico lo único que tenía que hacer era saludar a los visitantes, y eso le gustaba mucho.

Por si fuera poco, allí Rani tenía un pequeño amigo que la iba a ver y a platicar con ella todas las noches. Y es que, en cuanto se cerraban las puertas tras el último de los visitantes, el zoológico se transformaba.

Los jilgueros, mirlos, tórtolas y gorriones de Chapultepec cantaban a todo pulmón, y no sólo ellos. También despedían al sol las aves que vivían en el zoológico traídas de selvas y bosques, desiertos y planicies: guacamayas, chachalacas, cotorras, tuca-nes, faisanes, cuervos y pavorrales. Es un coro muy hermoso que pocas personas han escuchado.

Los policías que patrullaban el bosque lo oían al final del día, antes de ir a sus casas, y los ponía de buen humor. A los veladores que hacían la ronda en bicicleta por todos los senderos del zoológico les tocaba escuchar el coro de las aves cuando amanecía, y también los ponía felices.

El amigo de Rani era un gato callejero negro llamado Timbo al que le faltaba un pedazo de la oreja izquierda. Durante el día, Timbo vivía en el bosque correteando a las ratas, jugando con las ardillas, perseguido por los perros y durmiendo la siesta con

otros gatos. En las noches sorteaba rejas y muros, mallas de alambre y puertas cerradas para entrar en el zoológico. Cuando era un gatito bebé, Timbo creyó que los leones o los leopardos, por ser sus parientes, lo admitirían entre ellos. Sí lo dejaron estar, pero no le hicieron mucho caso. Lo mismo sucedió con los otros felinos que Timbo supuso que serían cariñosos con él: jaguares, caracales y tigres.

—Mira, un gato —se decían entre sí.

—Hola, me llamo Timbo —se anunciaba el gatito en cada jaula.

Los majestuosos felinos lo miraban (el jaguar hasta lo olfateó), pero luego lo ignoraban.

Timbo era muy curioso y no se amilanó. Se paseaba sobre el lomo del hipopótamo dormido, entre las patas de los canguros, sobre los caparazones de las tortugas, y platicaba con los animales nocturnos, como el tigre y el lobo, aunque se mantenía alejado de la jaula de las hienas: es que una de ellas





le había arrancado el pedazo de oreja que le faltaba. Una noche Timbo fue a visitarlas y las encontró de un humor brusco y agresivo. Entonces, gruf, una de ellas le pescó la oreja y lo sacudió como un pañuelo, hasta que se quedó con un trozo de piel en el hocico mientras el gatito rodaba lejos.

—Fue una broma —dijo la hiena cuando el gatito se echó a llorar adolorido y asustado.

Timbo sintió que se moría de dolor. Con la fuerza que le dio el miedo, salió disparado de la jaula de las hienas y, sin mucho fijarse, fue a parar al espacio donde estaban las elefantas.

Éstas, al verlo lastimado, lo levantaron con las trompas. Le lavaron la oreja con el agua del bebedero y luego lo curaron con un emplasto hecho con el forraje que comían a diario. Timbo temblaba como si tuviera frío y se aferraba al lomo de tía Devi, atontado por el dolor de oreja. Las elefantas se enojaron muchísimo, sobre todo Rani, que amenazó a las hienas:

—¡Hienas! —barritó con toda la fuerza de sus pulmones—, ¡jamás vuelvan a tocar a este gato, o me saldré de aquí para ir a aplastarlas con mis propias patas! ¡Las voy a dejar como tortillas peludas, les doy mi palabra!

Las hienas, asustadas, ladraron:

—¡Fue una broma! ¡No era nuestra intención lastimarlo!

Rani, enfurecida, respondió:

—¡No me importa lo que digan ustedes! ¡Si lo vuelven a tocar, se las verán conmigo y con mis tías!

El zoológico entero vibraba con la potente voz de Rani. Los otros animales jamás habían oído semejante cólera proveniente del espacio de las elefantas. Todos pararon las orejas. Las hienas, con el rabo entre las patas, se apretujaron en el rincón más oscuro de su jaula y ladraron a coro:

—¡Nunca más morderemos al gato Timbo!

Rani, satisfecha, acarició al gatito y respondió:

—¡Más les vale, infames!

Luego se dirigió al gatito:

—Qué guapo eres, pequeño. Lástima que nuestra comida no te atraiga, pero si tienes algo de merendar por ahí, tráelo y cena con nosotras —dijo.

—Y puedes beber de nuestra agua; está limpia y fresca —dijo tía Parvati.

—Y contarnos de dónde vienes y qué te gusta hacer —dijo tía Devi.

Timbo permitió que Rani lo levantara y se lo colocara en la cabeza como si fuera un sombrero peludo. Timbo se acomodó, cuidando que no se le cayera el emplasto de la oreja lastimada, y se puso a ronronear.

Así, el gatito se hizo de una familia. No de leones, jaguares o leopardos, sino de elefantes, los animales más grandes del mundo terrestre y, ciertamente, los más generosos.

En cuanto las puertas del zoológico se cerraban, Timbo se metía e iba a saludar a sus amigas.

—Hola, pequeño gato. ¿Cómo has estado? —barritaba Rani, y el gato se le subía a la trompa y le contaba alguna aventura. Era listo, valiente y astuto. Conocía el bosque como nadie. Le contaba historias como ésta:

—Rani, hoy atrapé a una rata y me contó la historia del fantasma que vive dentro del carrito de las paletas. Es el fantasma de una foca que murió en este parque, pero a la que no le gustaba el calor. Por eso su fantasma vive dentro del carrito de paletas y sólo espanta cuando se acaba el helado de vainilla. Entonces sale convertida en un vapor amarillo y a los niños les dan escalofríos.

También le hablaba del Pabellón Coreano, donde se reunían los perros callejeros a jugar dominó; de la fuente del Quijote, el lugar favorito de las personas a las que les gusta leer novelas o darse besos con sus novios; del Tlatoani, un árbol que tiene cientos de años de vida; de las funciones de *ballet* en el lago; de su amiga Minerva,

una lechuza que vivía cerca del Museo de Arte Moderno. A veces, con muchísimo cuidado, cruzaba Reforma y se adentraba en la espesura que rodea el Museo de Antropología. Cuando en la explanada del museo había voladores de Papantla, el gato los admiraba al verlos girar en círculos en el alto poste metálico, ejecutando su danza aérea. Es un ritual antiguo y muy bello; el gato lo sabía por los guías de turistas que se lo explicaban a la gente que se reunía a verlos y que él escuchaba oculto en los setos. Chapultepec es un mundo, y a Timbo le fascinaba recorrerlo.

Rani le pedía más historias. Le fascinaba enterarse de qué decían y hacían los voladores, los taxis, los vendedores de camisetas, las esculturas que adornan el camellón. Mientras el gato entretenía a Rani, tía Parvati y tía Devi se turnaban para acariciarle las orejas. Timbo ronroneaba y los cuatro se quedaban dormidos: Timbo sobre el lomo de Rani y ésta entre las dos tías.

Timbo era temerario, pero también le gustaba ser querido y que le dieran besos de las buenas noches.

Otra de las actividades de Timbo en el zoológico era llevar recados. Sucedió que amigos como el hipopótamo y el rinoceronte quedaban separados y el gato iba y venía contando las novedades. Del panda al oso negro, del lobo al coyote, del tigre al león.

Todos lo esperaban con ansia. Era de todos sabido que el gato podía meterse en cualquier jaula, que era amable y educado, que conocía mil historias. Hasta los pandas, los animales más famosos de Chapultepec, lo querían. Cada vez que Timbo iba a la calle de López, en el Centro, donde está el pequeño Barrio Chino de la ciudad, regresaba con mucho que contarles y los osos, masticando sus bambúes, lo escuchaban extasiados y un poco nostálgicos.

Los animales del zoológico sabían que vivir en jaulas garantizaba su comida, su seguridad y su vida, pero también se aburrían.

Por eso Timbo era tan querido: les traía novedades del mundo y todos deseaban escucharlo.